

EDITORIAL

Entrega y devoción del Profesor Cansino (1928-2013)

Julio César Hernández Perera

Especialista de II Grado en Medicina Interna, Doctor en Ciencias Médicas, Profesor Titular. Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas. La Habana, Cuba.

'Dicho de un hombre que tiene su capacidad de trabajo disminuida por el cansancio. Que por la lentitud y pesadez de los movimientos revela cansancio...'

Así define el Diccionario de la Real Academia Española -vigésima edición- la palabra cansino.

Pero para quienes conocieron al Profesor (Juan González) Cansino resueltamente se verían obligados a impugnarle rasgos como estos. Su inconfundible y sempiterna imagen bautizada con su apellido objeto desde principio a fin el sentido que se precisa por la mencionada Academia.

Solo echemos un efímero repaso a su biografía para demostrar cómo vivió henchido de entusiasmo, esfuerzos, voluntades, amor, modestia, fuerza, y sobre todo, disciplina, trabajo y ética. Rasgos cultivados desde el mismo momento que vino al mundo en el año 1928 en Manzanillo, actual provincia de Granma, en el seno de una familia numerosa, campesina y de escasa instrucción: Así distinguió en esos inicios que el descanso le era negado.

Con esfuerzo personal llegó a sufragar sus gastos en educación hasta hacerse médico en el año 1954, con la valía agregada de haber logrado todo esto en medio de una sociedad injusta y torcida por abusos y pocas oportunidades para quienes intimaban con la pobreza. Entonces no se podía esperar, bajo todos estos contextos, otra cosa que no fuera el haber sido un médico extraordinario capaz de encumbrar valores como el de ayudar desinteresadamente a los demás y el de consagrarse en el trabajo.

Tuvo la oportunidad de vivir la alegría del Triunfo de la revolución cubana en el año 1959, hacerla suya y defenderla desde su trinchera. Veía a partir de esta nueva etapa la infalible oportunidad de contribuir, aún más, con su deber como médico y velar por la salud de su pueblo.

Con su ejemplo enseñó a nunca rechazar responsabilidades, por muy complejas que fuesen, y evadir quedarse estático profesionalmente. En los primeros años del triunfo revolucionario fue subdirector y director del hospital civil de Manzanillo -posteriormente este centro llevó el nombre de un gran amigo suyo: «Manuel Piti Fajardo».

En aquellos tiempos alcanzó, además, el título de especialista de Medicina Interna, fundó el servicio Gastroenterología con actividades de laparoscopia y drenaje biliar en ese hospital oriental, fundador y profesor de la escuela de enfermería en Manzanillo, integró las Milicias nacionales revolucionarias desde el año 1959 e ingresó en las filas del Partido Comunista de Cuba (año 1960) a través de la vía de obrero ejemplar.

Su labor como gastroenterólogo sobresale aún más a su llegada al Instituto de Gastroenterología, La Habana, en los inicios de la década de los 70 del siglo pasado. Cumplió misión internacionalista como jefe de una Brigada médica en la hermana nación mozambicana y con posterioridad se vinculó al Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas (CIMEQ); primero como colaborador y posteriormente como médico permanente.

Son gratos los recuerdos que tenemos muchos de quienes fuimos sus discípulos y compañeros. En ningún tiempo se divisó en su actuar un contraste entre generaciones, tanto jóvenes como mayores lo admiraban y se identificaban con su jovialidad y madurez.

Por eso no nos sorprende verlo todavía en cada espacio del CIMEQ, en cada tribunal de examen, en cada evento científico y en cada actividad docente, rodeado de juventud y comprometido con la Revolución. Lo recordamos siempre con una frase inteligente que dijera una tarde, al cumplir sus ochenta años de edad con una peculiar energía escoltada por cabellos canosos: «La vejez es una mala costumbre».

Lo decía así no porque soslayara del todo la idea de una edad proveya, sino por el sentido de resistirse al olvido de las nobles imperfecciones de toda juventud que armonizaba bien con la activa experiencia que había conquistado. Así fue nuestro profesor Cansino, el que nunca languideció y el que siempre predicó sin cansancio y con vergüenza un sentido de vivir para todos los tiempos, desbordada de entrega y devoción.

Su savia y obra, para orgullo de sus compañeros y de las nuevas generaciones de médicos se distingue como algo que se ha moldeado a la medida de una hermosa frase martiana: « Lucha es la vida, y no hay que rehuirla. Sólo los que se saben sacrificar llegan a la vejez con salud y hermosura»¹.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Martí J. De Tampa. En: Martí J. Obras completas. Volumen 2. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales; 1991. p. 115-6.